

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No ignoraba que (generalmente) acogían bien el público y la prensa la idea de que yo explicase en la Universidad la cátedra de las Literaturas neolatinas contemporáneas; pero veo que no es sólo muda aquiescencia: hay calor de simpatía. Looado sea Dios, y no lo digo por egoísmo ni por vanidad.

Contra opiniones arraigadas, creo que, en España, no existe, cosa más fácil que desterrar los prejuicios contra la mujer. Acaso no sea enteramente ilusorio y legendario ese fondo de generosidad caballeresca que se nos ha atribuido como cualidad de la raza; y acaso la vivacidad meridional de nuestro espíritu le permite girar en el sentido de lo nuevo, si logra impresionarle. Esta marcada benevolencia del público, que no contento con manifestármela, la exterioriza ante el Ministro que me hizo objeto de tan señalada distinción, claro es que me anima y halaga. La oposición que encontré hace resaltar más tales manifestaciones. Acaso, en parte, las haya provocado. Este fenómeno es natural.

Y no quiero insistir más en tal punto, pero sí he de dedicar unos renglones a otro en que desearía empezar a disipar lo que juzgo nieblas de error común, de aquellos que combatía la valiente pluma de Feijóo. Lo único que me falta para la empresa es la pluma del gran benedictino... En fin, vaya la mía, o mejor dicho, vayan unos renglones de máquina Yost.

Los consagro a defender mi propia causa, pero sin meterme con nadie. Libres son las opiniones literarias y científicas, y las respeto todas. Libre soy también para exponer las mías, y lo haré con la mayor sencillez. Se trata de las «Literaturas contemporáneas», que me parecen tan dignas de estudio como las otras, las que ya pertenecen, si no a lo arcaico, por lo menos a lo antiguo.

Hay tópicos que convendría rectificar. Afirmar que el estudio hondo de lo contemporáneo es inferior en mérito al de lo antiguo, forma parte de estos tópicos. De lo contemporáneo poco se sabe (aunque parezca extraño) y lo que se sabe, suele ser confuso y hasta contradictorio. Un ejemplo: la figura de Renán. Renán publicó su *Vida de Jesús*. Se habló mucho de la obra, con reprobación y pasión, y en medio de la zambra, la significación literaria y científica de Renán quedó oculta, envuelta en nieblas. En este caso, siquiera por las herejías de su libro se supo que existía Renán; pero de otros escritores, bien dignos de ser conocidos, apenas se tuvo concreta noticia. Y si esto puede afirmarse de literatos franceses, ¿qué diré de los italianos y portugueses? Y dentro de España misma ¿conocen muchos, que no sean catalanes, la literatura catalana? ¿Quién ha leído en Madrid libros catalanes?

Oigo pues con extrañeza las afirmaciones de que no hace falta profundizar lo contemporáneo, de que lo contemporáneo no tiene importancia — cuando realmente pudiera tenerla mayor y para mayor número de personas —. Si nos interesa estar al corriente de las nuevas direcciones de la mentalidad y la intelectualidad en filosofía, ciencia, arte, sociología y derecho ¿será la literatura contemporánea, que lleva todavía viva y fresca la huella del espíritu que la produjo, lo único indigno de ser dado a conocer con los métodos, nuevos también, de la crítica?

Otro error análogo me había llamado siempre la atención. ¿Por qué era cosa baladí y desdeñable traducir del francés, y cosa altamente científica y erudita traducir del latín?

Me atreví a discutir este concepto con Menéndez y Pelayo. Me figuro — le dije — que el mérito de una traducción no estribará en el idioma del cual se traduce (a menos que fuese rarísimo y desconocidísimo, lo cual no es el caso del latín ni del griego, ni aun del sánscrito) sino en lo exacto y elegante de la versión. Además, traducir del latín, en la mayoría de los casos, puede ser... traducir del francés, o del español, buenamente. En efecto, supongamos una traducción de Horacio: como las hay a millares, nada

más fácil que dejar a un lado el texto latino, y coger diez o doce, y con ellas hacer la número trece...

Y Menéndez y Pelayo no podía rebatir argumentos tan palmarios. Sin embargo, mantenía su criterio: traducir del francés, aun cuando se trate de una obra de carácter eminentemente literario y que no se haya traducido jamás, es muy deslucido; traducir del latín, labor de sabios...

Otro tópico, éste de los sabios. Cuando salen diez o doce astrónomos a observar un eclipse dicese pomposamente: «Ha llegado una comisión de sabios a observar, etc...» Se trata de desenterrar un esqueleto monstruoso, fosilizado: «Los sabios practicaron excavaciones...» Se llama sabios a los paleontólogos, a los arqueólogos, a los numismáticos, a los geólogos, a los filólogos, a los bacteriólogos... y nadie llamará sabio a un crítico, a un historiador de las letras. ¿Por qué? Sabio es el que sabe, sepa de lo que sepa.

Dentro del actual movimiento de aproximación que la guerra (aunque parezca otra cosa), no hace sino fomentar; en el deseo de conocerse que impulsa a los pueblos de un mismo continente, a las regiones de una misma patria, las literaturas contemporáneas no pueden menos de ganar en interés. Nada expresa a las razas, a las naciones, a las regiones, a los estados sociales, como la literatura, y si la tradición habla por boca de los viejos romanceros, las transformaciones que el tiempo trae consigo, los ideales en formación, los contiene y alberga la literatura contemporánea.

Y sería inexacto creer que las literaturas contemporáneas son las más conocidas. Generalmente, de lo contemporáneo no se escriben libros, al menos en España. Menéndez y Pelayo, en su *Historia de las Ideas Estéticas*, aunque mostró al principio intención de llegar hasta «nuestros días» no llegó: se paró en lo mejor, y nos dejó a media miel. En España no conozco otra *Historia de la Literatura contemporánea* (por ahora) sino la del Padre Blanco García, que, no careciendo de mérito ni de interés, puede parecer incompleta y acaso recargada de nombres que no habría inconveniente en omitir.

No vacilo en añadir que es más fácil conocer los orígenes de la Novela por el copioso estudio de Menéndez y Pelayo, que el desarrollo del mismo género, desde el romanticismo acá, verbigracia. De lo contemporáneo se tienen, más bien que noticias coordinadas, ruidos. Raras veces se tropieza con personas que posean referencias muy fundadas y documentadas. Entra además en lo contemporáneo el elemento de la pasión, de los torcimientos del juicio por las impresiones personales. Nadie siente animosidad, verbigracia, contra Gonzalo de Berceo o el Arcipreste de Hita; pero, según van acercándose a nosotros los personajes literarios, se define mejor el interés extraliterario que despiertan, y si son enteramente contemporáneos, ése es el que despiertan principalmente — triste es decirlo — en las muchedumbres.

Ejemplos recientes podemos aducir, con Galdós en *Electra*, con Benavente en *La ciudad alegre y confiada*.

Yo quisiera, al explicar el movimiento contemporáneo de las Letras, situarme en una región de serenidad crítica, a la cual no lleguen esos oleajes ni esas preocupaciones, ajenas a lo que es propia y verdaderamente literario y estético. Y esto, naturalmente, es más fácil y más comprensible, en la cátedra que en el periódico. El libro de crítica suele ser recopilación de artículos de prensa.

Y — antes que se me escape la ocasión — quiero protestar de otro error; al menos, lo tengo por tal. En las colecciones de *Clásicos* sólo figuran escritores antiguos, proscribiendo a los modernos. Bueno que no admitan a los vivos; comprendo la razón de esta exclusión; pero, entre los muertos, ¿no existen muchísimos que, figuren o no en las colecciones de clásicos, son clásicos legítimamente, pues no creo que a estas alturas, nadie mantenga el criterio de que sólo es clásico lo ajustado a reglas (así reza el Diccionario), y un romántico, en este sentido, no podrá ser admitido en la lista de los clásicos castellanos?

Un clásico es, en mi entender, un escritor que ha manejado con maestría el idioma, y cuyos escritos pueden servir de modelo y lección a las generaciones venideras. Y, en este sentido, Zorrilla, el de la melena en trova, el de la capa luenga, tan clásico es como San Juan de la Cruz, el frailecito del inflamado corazón. Y un clásico es D. José María de Pereda, igual que Hurtado de Mendoza. No establezco una comparación, no trazo un paralelo: lo que digo es que cada generación tiene sus escritores consagrados, y que los clásicos no se acaban en el punto crítico en que termina el siglo XVIII.

Así, con muy buen acuerdo, la *Biblioteca de Clásicos castellanos* que publica la *Lectura*, incluye en su

catálogo al duque de Rivas. El duque de Rivas es el fundador del romanticismo en España; pero es un clásico, en muchos aspectos. Y es un clásico (no hay que confundir ser un clásico con ser clásico) porque la tradición nacional y la historia literaria sufrirían una mutilación, si faltase en ellas el nombre del autor de *Don Álvaro o la fuerza del sino*.

Me extendería más en consideraciones sobre el caso de mi cátedra... si no fuese mía. Naturalmente, esto me cohibe. Me reduzco, pues, a dar gracias a cuantos han tenido la bondad de enviarme calurosas felicitaciones. Las he dado también por correo y telegrafo, pero alguna podrá perderse, traspapelarse u olvidarse. Aprovecho una ocasión más de expresar mi gratitud.

Y quiero decir (para consuelo de los que otra cosa repiten) que no debe de ser exacto eso de que falte dinero en Madrid. Yo más bien creería que sobra. Ahí van las razones en que me fundo.

En otro tiempo, escandalizaba el derroche de dinero en los toros. ¡Qué localidades más caras! ¡Qué repercusión en las familias jornaleras y humildes, y qué empeñar el colchón para comprar el asiento de tendido! ¡Qué sueldos a los matadores, y qué multitud de vehículos corriendo por la calle de Alcalá la tarde del domingo, que no quedaba una triste manuela para alquilar en las seis horas de semejante tarde! Bueno. Pues eso que sucedía el domingo nada más... cátese que sucede este año todos los días de la semana. ¿Lo oyen ustedes? Ahora hay toros diariamente; el espectáculo hebdomadario se ha convertido en cotidiano. Y las plazas, llenas. Y los matadores, pagados como Reyes. Y las manuelas, disputadas; no se encuentra una, jamás, sea martes, jueves, sábado, miércoles o lunes. ¿Las subsistencias suben? No lo dudo; pero ello es que Madrid se ha puesto en el pie de corrida diaria.

El gasto que esto representa, calcúlelo mi amigo Navarro Reverter, que dicen es un gerifalte en hacer números.

Y acaso inferirán ustedes que con tal desarrollo hipernatural de la tauromanía los demás espectáculos, solaces y regodeos perderán concurrencia... Pues no hay tal cosa. ¡Al revés! Nunca se han visto más llenos los cines, los teatros, las «varietés» de todo género; nunca rebotaron así los cafés, las cervecerías, los tupis, los bodegones, los merenderos, las tabernas. De dónde sale la «luz», es cosa que no sabré definir. Acaso el desarrollo del lujo, del bienestar y del refinamiento traigan prosperidad a las clases pobres; pero los ricos, que en todo gastan, ¿de dónde sacan, digo yo, tanto *parné*?

Y sin embargo, os alarman siniestros presentimientos, os murmuran al oído frases trémulas de pavor. ¿Que va a suceder, Dios mío? ¿Qué significan los preparativos de los portugueses? ¿Por dónde pasarán las divisiones lusitanas, si van a Francia? ¿Qué consecuencias?... etcétera.

Claro; esta amenaza pesa sobre nosotros desde que estalló el conflicto. Sin embargo, cada día parece que nos mostramos menos amigos de ahorrar, (cada cual en la medida de sus fuerzas) para contingencias posibles. Bajo la espada de Damocles, nos damos nuestra corridita diaria. Y vengan penas.

Podrá decirse de nosotros, con el tiempo, lo que del pueblo bizantino dijo García Gutiérrez en *Venganza catalana*:

«Y tan cerca tuvo un día
del turco el temido azote,
que, desde su lecho, el trote
de los caballos oía...»

En suma, ello es que el dinero, redondo para que ruede, rueda en Madrid que es una bendición. Este año, terrible por tantos estilos, habrá sido, para la capital de España, el de la corrida de toros todos los días, y el de los dos teatros de ópera cara — ¡y tan cara! — funcionando a la vez. Y ¿negará ya nadie que seamos el país de los viceversas, como antaño se decía? La penuria por ninguna parte se ve. El lujo crece, lo mismo en las clases acomodadas que en las que no lo son. Se da mucho para beneficencia, no poco para el culto y los fines religiosos, y cada día surge una nueva sociedad, que fomenta o protege algo. Esto último me parece bonísima señal. Hay actividad, por lo menos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.